

Experiencias y vínculos cooperativos en el sostenimiento de la vida en América Latina y el sur de Europa

**Cristina Vega,
Raquel Martínez-Buján
y Myriam Paredes (eds.)**

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

© 2018, de los textos, sus autoras.
© 2018, de la edición, Traficantes de Sueños.



**creative
commons**

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial 4.0 España

Usted es libre de:

*Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

*Adaptar — remezclar, transformar y crear a partir del material

El licenciadore no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

*Reconocimiento — Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciadore o lo recibe por el uso que hace.

*NoComercial — No puede utilizar el material para una finalidad comercial.

No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

No tiene que cumplir con la licencia para aquellos elementos del material en el dominio público o cuando su utilización esté permitida por la aplicación de una excepción o un límite.

No se dan garantías. La licencia puede no ofrecer todos los permisos necesarios para la utilización prevista. Por ejemplo, otros derechos como los de publicidad, privacidad, o los derechos morales pueden limitar el uso del material.

Título: Experiencias y vínculos cooperativos en el sostenimiento de la vida en América Latina y el sur de Europa

Editoras del libro:

Cristina Vega, Raquel Martínez-Buján y Myriam Paredes

Traductoras:

Marta Malo de Molina, capítulo 5, y Mariajo Castro Lage (Syntagmas), capítulo 11.

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños.

taller@traficantes.net

Edición:

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba 13

28012 Madrid. Tlf: 915320928

e-mail:editorial@traficantes.net

ISBN 13: 978-84-949147-2-0

Índice

Prefacio. <i>Raquel Gutiérrez Aguilar</i>	9
Introducción. <i>Cristina Vega, Raquel Martínez-Buján y Myriam Paredes</i>	15
I. Extracciones, apropiaciones y sostenimiento de la vida	51
1. Economía Plebeya. Familias, hogares y comunidad en Europa del Sur. <i>Montserrat Carbonell Esteller</i>	53
2. El agua, el cuidado y lo comunitario en la Amazonía boliviana y ecuatoriana. <i>Elizabeth López Canelas y Cristina Cielo</i>	75
3. Neo-comunidad: circuitos clandestinos, explotación y resistencias. <i>Verónica Gago</i>	97
4. La familia de la Tía Gloria: crianza y poder punitivo estatal en Ecuador. <i>Andrea Aguirre</i>	115
5. Sanación, cuidado y memoria afrodescendiente en el Pacífico colombiano. Las mujeres frente el conflicto armado. <i>Olga Araujo / Gloria Bermúdez y Cristina Vega</i>	133
II. Interrogar lo público común	145
6. Futuro anterior de la ciudad social. Reflexiones desde la experiencia de atención sanitaria territorial en Trieste. <i>Franco Rotelli y Giovanna Gallio / Entrar Afuera</i>	147
7. La acción comunitaria y los cuidados a domicilio. <i>Sara Moreno-Colom</i>	169
8. Tejer cuidados a micro y macro escala entre lo público y lo común. <i>Susana Draper</i>	189
9. Bancos de tiempo, sostenibilidad de la vida y nuevos comunes. <i>Lucía del Moral</i>	209
III. Hacer común la comunidad	233
10. Travesías del cuidado de la niñez indígena en Ecuador. <i>Mercedes Prieto y María Isabel Miranda</i>	235
11. «Problemas de la cabeza» en una comunidad en el sur de Brasil. <i>Claudia Fonseca y Helena Fietz</i>	257
12. Ayuda mutua y Estado de Bienestar. Reflexiones a partir de la experiencia del «Grupo de apoyo Daniel Wagman». <i>Silvoina Monteros</i>	277
13. Mujeres migrantes en el cuidado comunitario. Organización, jerarquías y disputas al sur de Buenos Aires. <i>Carolina Rosas</i>	301
14. Aquelarres de resistencia. Una conversa que busca una confluencia <i>Ana Moreira y Mercedes Rodríguez (Brujas Migrantes) / Marta Malo</i>	325
Sobre las autoras	337

I. Extracciones, apropiaciones y sostenimiento de la vida

1. Economía plebeya e Historia. Familias, hogares y comunidad en Europa del Sur

Montserrat Carbonell Esteller
(*Universidad de Barcelona*)

A menudo conocer periodos tan alejados como el Setecientos nos ayuda a reconocer el siglo XXI. El presente acelerado en el que vivimos anclado en la precariedad estructural, la amnesia del pasado y el desmantelamiento de la sociedad del bienestar se aleja cada vez más de los años de crecimiento y bienestar que se extendieron por occidente entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y la crisis de los setentas. Hoy, las tentativas comunitarias de organización social reaparecen. En efecto, la historia cuenta.¹

Si retrocedemos en el tiempo y nos situamos en la Europa del último tercio del siglo XVIII, incluso en la Europa del Sur, podemos observar transformaciones que, habiendo empezado mucho antes, conducían a desmantelar la comunidad tradicional para dejar paso a la construcción de la nueva sociedad liberal surgida de la incipiente economía de mercado, de las nuevas formas de organización del trabajo y de las nuevas tecnologías portadoras del *factory system*. Hoy, el círculo parece cerrarse: si hace más de doscientos años se construyó la sociedad liberal de espaldas a la comunidad, ahora asistimos a la supuesta reconfiguración de la sociedad neoliberal en un claro intento de este sistema generador de desigualdades de encontrar nuevas formas que hagan sostenible su afán depredador. La alternativa a ello parece conllevar el germen del resurgir de lo común.

Hoy la precariedad parece que se instala para no irse, el Estado retrocede en sus obligaciones sociales, los derechos se desvanecen a medida que la democracia se debilita. Paradójicamente, la comunidad se

¹ Enric Tello, *La historia cuenta*, Barcelona, El viejo topo, 2005. Investigación dentro de los proyectos HAR2015-64769-P y HAR2014-57187-P.

vuelve a intuir, sus prácticas y significados reaparecen. Surgen nuevas formas de protección, de apoyo mutuo, de resistencia; el aprendizaje colectivo de la sobrevivir rescata del pasado iniciativas ahora reinventadas, re-interpretadas. Parece pues que la economía plebeya, la economía de la gente común, las recientemente nombradas *grassroots economies*, o bien las «economías de retales» o las «economías del rebusque» vuelven a cargarse de sentido político en un presente opaco y en un mundo acelerado y en tránsito.²

Judith Butler en su crítica a la sociedad neoliberal nos advierte de la dificultad de concebir los cuerpos de forma individual, afirma lo siguiente: «Por supuesto tampoco es que estén fusionados en una especie de cuerpo social amorfo, pero no podemos conceptualizar el significado político del cuerpo humano sin entender estas relaciones en las que vive y se desarrolla en su dependencia de otros cuerpos y redes de apoyo». Butler entiende el cuerpo humano como dependiente de un entorno, de relaciones sociales y de redes de apoyo. Por ello, la condición de dependencia no debe identificarse con vulnerabilidad, puesto que «los vulnerables por definición quedan fijados en una posición de indefensión y falta de agentividad».³ Butler opone dependencia a vulnerabilidad; mientras que la vulnerabilidad conlleva indefensión, la dependencia se convierte en *agentividad* al incentivar la intensificación de las relaciones y el apoyo mutuo.

Nuestra condición de seres sociales y por lo tanto interdependientes ha estado y está presente en todas las sociedades que han tenido que afrontar el reto de cómo garantizar la supervivencia de sus miembros, tanto en las coyunturas de crisis como en las etapas críticas y en las situaciones de vulnerabilidad y precariedad. Cabe preguntarnos cuáles han sido y son, en el itinerario de vida de hombres y mujeres, las etapas de mayor vulnerabilidad. Si observamos el ciclo vital — compuesto de edades biológicas e históricas como la crianza, infancia, edad adulta-reproductiva y la vejez— así como el curso de vida — integrado por un itinerario de sucesivas elecciones dentro de un marco de opciones limitadas por el contexto institucional e histórico— pueden identificarse las etapas con mayores riesgos de traspasar el umbral de la pobreza

²P2 Véase Susana Narotzky, «Europe in crisis: grassroots economies and the anthropological turn», *Etnográfica*, núm. 16 (3), 2012, pp. 627-638; Amaia Pérez Orozco, «Crisis multidimensional y ajuste feminizado: retos y oportunidades» en Carrasco Bengoa, Cristina (Ed.), *Con voz propia. La economía feminista como apuesta teórica y política*, Madrid, La oveja roja, pp. 171-192.

³ Véase Judith Butler, «Repensar la vulnerabilidad y la resistencia», XV Simposio de la Asociación Internacional de Filósofos (IAPh), Alcalá de Henares, España, 24-27 de junio 2014.

hacia la indigencia: la infancia, la maternidad y crianzas, madres con hijos pequeños a su cargo, y la ancianidad. A ello se añadirían también todas las dificultades vinculadas a la enfermedad, la viudedad u orfandad y la desocupación. En efecto, todas las sociedades han tenido que afrontar el reto de garantizar la supervivencia de sus miembros en las etapas críticas y en las situaciones de vulnerabilidad y precariedad. ¿Cómo lo hicieron nuestros antepasados? ¿Cómo lo hicieron antes de la aparición del capitalismo y de la sociedad liberal, cuando la comunidad se ocupaba de ello? ¿Cómo se desmanteló el viejo sistema de ayuda a los pobres? ¿Qué lo substituyó?.

Comunidad y estrategias de supervivencia

La pobreza es un término relativo. Ser pobre no significa lo mismo en sociedades distintas y momentos distintos. La complejidad se hace mayor si se tiene en cuenta que la percepción social de la pobreza incluye a aquellos que se ven a sí mismos como pobres y a aquellos que son vistos por otros como pobres. Para el utilitarista británico del siglo XVIII Jeremy Bentham «la pobreza es el estado de cualquiera que para subsistir se ve obligado a trabajar. La indigencia es el estado de aquel que siendo desposeído de la propiedad [...] está al mismo tiempo incapacitado para el trabajo, o es incapaz, aún trabajando, de procurarse los medios que necesita».⁴ Bentham identificaba la condición de trabajador con la de pobre haciendo de la pobreza una experiencia recurrente entre los hombres y mujeres trabajadores. El tramo que separaba la pobreza de la indigencia era el umbral donde se ubicaban muchos hogares de la gente común. Prueba de ello es el testimonio de Maria Sangés que en el año 1777 solicita el ingreso en la Casa de Misericordia de Barcelona aduciendo que «Somos realmente pobres tanto que no tenemos bienes de raíces, rentas, ni otros bienes con que sustentarnos, sino de nuestro sudor y trabajo de las Manos».⁵ De este modo pobre y trabajador serían condiciones equiparables, mientras que indigente se identificaría con aquellos que siendo dependiente de otros para su sustento no tendrían nadie que cuidase de ellos. La compasión substituía a los derechos sociales inexistentes.

⁴ Jeremy Bentham, *Essays on the poor Laws*, 1796 citado en Stuart Woolf, *Los pobres en la Europa moderna*, Barcelona, Crítica, 1989, p.20.

⁵ Este texto forma parte de los memoriales de ingreso de las acogidas a la Casa de la Misericordia de Barcelona para el año 1777. Arxiu Històric de la Casa de Misericordia de Barcelona (AHCMB), *Memorials d'ingrés, 1777*.

A finales del siglo XIX, B. S. Rowntree planteó para la ciudad de York la línea de pobreza primaria en el ciclo de vida de un individuo tomado no de forma aislada sino en relación a su núcleo familiar.⁶ Estableció la sucesión de distintas fases: la infancia, la adolescencia, el matrimonio y la crianza de los hijos, la posterior emancipación de los hijos y finalmente la salida del mercado laboral en la vejez. Rowntree señalaba la existencia de estados de pobreza en tres momentos: en la infancia; en los primeros años de matrimonio cuando los hijos eran pequeños; y, en la vejez. Una lectura atenta muestra que el esquema de Rowntree, al identificar el curso de vida de un individuo con el ciclo de vida de una familia nuclear, subyace plenamente en la propuesta de Beveridge a partir de la cual se diseñará el Estado de bienestar. Este se desarrollaría en algunos países europeos a partir de 1945, siendo su protagonista por excelencia la familia nuclear y el ciudadano receptor de las prestaciones sociales se identificaría con el cabeza de familia.⁷

El esquema de Rowntree pervivió durante décadas. Veinte años más tarde A. V. Chayanov, en su estudio sobre el campesinado ruso planteaba la relación que se establecía dentro de la unidad familiar entre trabajadores y consumidores; cuando la ratio era negativa se traspasaba el umbral de la pobreza.⁸ A principios de la década de 1970, M. Anderson estudió las fases del ciclo familiar, la proporción de hijos que trabajaban y su aportación al ingreso familiar en Lancashire a mediados del siglo XIX. Su estudio mostró las cargas económicas que comportaba el nacimiento de los primeros hijos que situaba a muchas familias por debajo del umbral de pobreza primaria.⁹ Dicho enfoque lo corrobora el estudio de Stuart Woolf para la Florencia de principios del siglo XIX, que muestra la estrecha relación entre pobreza y ciclo familiar alcanzando el momento más crítico entre los 35 y 45 años del jefe de familia y en la vejez.¹⁰ Según este autor los ingresos inadecuados en la mayor parte del ciclo familiar introducían una posibilidad estructural de pobreza, excepto al final de la adolescencia

⁶ Benjamin Seebohm Rowntree, *Poverty: A study of Town Life*, Londres, Nelson, 1901.

⁷ La crítica feminista a Rowntree es amplia, cabe destacar una de las autoras más recientes que se ocupan de ello: Nancy Fraser, *Fortunas del feminismo*, Madrid, Traficantes de sueños, 2014.

⁸ Alexadr Chayánov, *La organización de la unidad económica del campesinado*, Moscú, Instituto de Investigación Científica de la Economía Agrícola, 1925.

⁹ Véase Michael Anderson, *Family structure in Nineteenth Century Lancashire.*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971.

¹⁰ Véase Stuart Woolf, *Los pobres en la Europa moderna*, Barcelona, Crítica, 1989.

y durante los primeros años de matrimonio que precedían al nacimiento de los hijos. Stuart Woolf formuló la noción de «estrategias de supervivencia de los hogares» y subrayó la importancia de la caridad como una fuente de ingresos complementaria.

Tuvimos que esperar las aportaciones de Amartya Sen a finales del siglo XX para comprender en profundidad que la pobreza no era meramente la falta de ingresos. El enfoque de multidimensionalidad de la pobreza que propone Sen, plantea que «la pobreza debe concebirse como la privación de las capacidades básicas y no meramente como la falta de ingresos. Por ejemplo cuanto mayor sea la cobertura de los servicios sociales (educación básica y asistencia sanitaria) más posibilidades hay de que los potencialmente pobres venzan la miseria».¹¹ Del mismo modo Debraj Ray, especialista en economías del desarrollo, afirma que la desigualdad es aquella «disparidad básica que permite que un individuo tenga acceso a ciertas posibilidades de elección o capacidades, mientras a otro se le niegan».¹² En efecto, siguiendo a dicho autor, las posibilidades de elección vienen determinadas por el marco institucional, la existencia o no de una red de prestaciones sociales, la existencia o no de un saber construido desde prácticas informales de obtención de recursos, del aprendizaje colectivo de la supervivencia, del grado de equidad de género, de las posibilidades de participación en la vida comunitaria, de la existencia un entorno de seguridad o de un entorno ecológico sostenible y, sobre todo, de la capacidad de negociación de las mujeres dentro y fuera del hogar. Es en esta multidimensionalidad de la pobreza donde la *women agency* se desarrolla para hacer viables la supervivencia de individuos familias y hogares. La «agentividad» de las mujeres pone en tela de juicio la vulnerabilidad.

Olwen Hufton planteó el término de «economías de la improvisación» para designar la multiplicidad de trabajos y tareas que los hogares pobres llevaban a cabo para sobrevivir.¹³ Tilly y Scott nos advertían del papel clave que jugaban las mujeres en esta multiplicidad de tareas y su capacidad para reorientar dichas estrategias.¹⁴ Richard Wall señaló la importancia de la capacidad adaptativa de las

¹¹ Véase Amartya Sen, *Desarrollo y libertad*, Barcelona, Planeta, 2000.

¹² Véase Debraj Ray, *Economía del desarrollo*, Barcelona, Antoni Bosch, 2002.

¹³ Véase Olwen Hufton, *The poor of eighteenth-century France*, Oxford, Oxford University Press, 1974.

¹⁴ Véase Louis Tilly y Joan W. Scott, *Women, work & family*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1978.

economías familiares capaces de modificar la composición de las unidades familiares y de los hogares en función de su relación con las posibilidades de supervivencia que ofrecía el entorno.¹⁵ En la misma línea, Bernard Harris en su reciente estudio sobre los orígenes del estado de bienestar en Gran Bretaña, fórmula el término de «economías mixtas del bienestar» para designar la pluralidad de opciones de acceso a los recursos (estado, organizaciones filantrópicas, iglesia, caridades, organizaciones y asociaciones obreras, ayuda mutua, cooperativas, empresas y organizaciones privadas) por parte de los individuos, las familias y los hogares trabajadores.¹⁶ Shahra Razavi plantea abiertamente la metáfora del diamante del cuidado con sus cuatro vértices: familia, estado, comunidad y mercado, definiendo así un «nuevo» paradigma que va más allá del planteado por Sping Andersen.¹⁷

Deshaciendo tópicos. Sobre el trabajo de las mujeres en el pasado preindustrial

Hoy resulta insostenible el tópico de la mujer trabajadora como producto de la revolución industrial. Desde siempre, mucho antes de la aparición de las fábricas, la inmensa mayoría de las mujeres tenía que trabajar para sobrevivir. Estas trabajaban no solamente en las tareas derivadas del consumo y la reproducción sino también y sobre todo, en las derivadas de la producción y la distribución de productos primarios, mercancías y servicios.

En las sociedades preindustriales el trabajo se llevaba a término en el ámbito integrado por la fusión de tareas productivas, reproductivas y derivadas del consumo. Las tareas domésticas, en tanto que estaban integradas en la actividad económica y en el proceso

¹⁵ Véase Richard Wall, «Trabajo, bienestar y familia: una ilustración de la economía familiar adaptativa», en Lloyd Bonfield, Richard Smith y K. Wrightson (comps.), *El mundo que hemos ganado. Estudios sobre población y estructura social*, Madrid, Centro de Publicaciones Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1990, pp. 325-364.

¹⁶ Véase Bernard Harris, *The origins of the British Welfare State: Social Welfare in England and Wales, 1800-1945*, Basingstoke, Palgrave, 2004; y también, Bernard Harris, Lina Gálvez Muños y H. Machado, *Gender and well-being in Europe: historical and contemporary perspectives*, Burlington, Ashgate, 2009.

¹⁷ Véase Shahra Razavi., «The Political and Social Economy of Care in a Development Context: Conceptual Issues, Research Questions and Policy Options», UNRISD Working Paper 3, Programme Gender and Development, 2007; y, Gosta Esping-Andersen, *The Three Worlds of Welfare Capitalism*, Oxford, Oxford, Polity Press, 1990.

de trabajo, tenían una importancia económica clave. La preparación de la comida, la conservación de los alimentos, la elaboración de los vestidos, el trabajo en el taller o en el campo, o la crianza de los hijos tenía una importancia económica clave. En este sentido, el término trabajo doméstico, entendido como conjunto de tareas no retribuidas propias del hogar, cobra para las sociedades preindustriales un significado difícil de encajar. Un ejemplo de ello es que el servicio doméstico se contrataba en función de su capacidad y habilidad de trabajo en el taller o en el campo.¹⁸ En definitiva, los estudios de las sociedades preindustriales —al igual que el testimonio de muchas sociedades actuales de países en desarrollo— contribuyen a cuestionar el esquema liberal según el cual las tareas domésticas son una actividad no laboral y no remunerada dentro de la casa, mientras que las tareas productivas son las que corresponden al trabajo remunerado fuera de la casa. El estudio del pasado nos enseña que tal concepción, a menudo alejada del análisis empírico, se construyó históricamente a medida que se desarrollaba el Estado liberal y la economía de mercado. El problema, en todo caso, residiría en establecer cual o cuales serían exactamente el grado y los distintos tipos de división del trabajo en función del sexo en una sociedad determinada y en un momento concreto.

En las sociedades preindustriales europeas, la economía familiar o la economía de las unidades domésticas se ha basado en la aportación del fruto del trabajo de cada uno de sus miembros (mujeres, hombres, ancianas, ancianos, niños y niñas). En efecto, las mujeres tenían un papel clave en las estrategias salariales de las unidades familiares o domésticas; su aportación, lejos de ser complementaria, es en muchos casos indispensables. Por lo tanto, la historia moderna confirma que en muy pocos momentos de la historia de la humanidad se ha generalizado el modelo de *salario* (o ingreso) *único del pater familias*.¹⁹

Diversos estudios indican que la aportación de las mujeres a la economía familiar tenía un peso específico esencial. El trabajo de las mujeres era en muchos casos el más versátil y el que se adaptaba

¹⁸ Carmen Sarasúa, *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758–1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994; también Jane Humphries y Carmen Sarasúa, «Off the Record. Reconstructing Women's Labor Force Participation in the European Past» *Feminist Economics*, núm. 18(4), pp. 39-67.

¹⁹ Véase Angélique Janssens, «The Rise and Decline of the Male Breadwinner Family? An Overview of the Debate Preview», *International Review of Social History*, núm. 42 (S5), 1997, pp. 1-23.

mejor a las «economías de la improvisación».²⁰ Esta versatilidad en las tareas permitía reorientar las estrategias de supervivencia del grupo, y, al mismo tiempo mostraba su precariedad en tanto que trabajadoras, en términos generales, excluidas de la especialización. Hilar, vender, ayudar en el taller, lavar ropa, transportar agua, hacer de ama de cría o el servicio doméstico podía ser, entre otras, tareas remuneradas desarrolladas por una misma mujer en momentos diferentes de su vida.

Este carácter de versatilidad del trabajo de las mujeres procedía de su aprendizaje informal, que transcurría al margen de las instituciones gremiales, sin acceso a los exámenes de oficialía o maestría. Este aprendizaje informal se llevaba a término en el taller del padre, del marido, de algún pariente, o del dueño. De este modo, las mujeres estaban sujetas a un abanico ocupacional más amplio y menos especializado. Aspectos que les confería un papel clave cuando la fragilidad del ciclo económico familiar o las coyunturas de crisis obligaba a reorientar las estrategias de supervivencia.²¹

En este sentido, la investigación desde la historia de las mujeres ha contribuido a esclarecer por qué las familias del periodo moderno no se restringieron a una sola ocupación y por que existía una enorme flexibilidad, versatilidad y multi ocupación en el grupo familiar. Tal como nos ha señalado Cristina Borderías, esta flexibilidad no se encuentra reflejada en la documentación institucional, es decir en la documentación gremial.²² El estudio de Marta Vicente sobre las mujeres trabajadoras de la Barcelona de los siglos XVII y XVIII muestra muchos casos de unidades domésticas con más de un oficio. Los registros administrativos que vertebran la imagen que una sociedad da de si misma no son, por lo tanto, ajenos a los criterios de ordenación de la realidad que en el periodo moderno era patriarcal.²³

²⁰ Olwen Hufton, *The poor of eighteenth-century France*, Oxford, Oxford University Press, 1974.

²¹ Montserrat Carbonell Esteller, *Sobreviure a Barcelona. Dones, pobresa i assistència al segle XVIII*, Vic, Eumo, 1997.

²² Cristina Borderías Mondéjar, : «Women's work and household economic strategies in industrializing Catalonia», *Social History*, núm. 29 (3), 2004, pp. 373-383

²³ Véase «Images and Realities of Work: Women and Guilds in Early Modern Barcelona» en Alain Saint-Saëns y Magdalena Sánchez (eds.), *Spanish Women in the Golden Age: Images and Realities*, Westport, CT Greenwood Publishing Group, 1996, pp.127-139.

El uso de los tiempos y la invisibilización del trabajo doméstico

En los últimos años, las investigaciones sobre mujeres y trabajo se han planteado como uno de los aspectos prioritarios a analizar la concepción y percepción de los tiempos, los ritmos y frecuencia de los trabajos, lo que E. P. Thompson denominaba «la organización del tiempo social».²⁴ Así, el trabajo en las sociedades preindustriales se caracterizaría por ser discontinuo e irregular. Discontinuo en cuanto se simultaneaba con otras tareas ya que en la casa la actividad se dirigía indistintamente hacia la producción, el consumo o la crianza de los pequeños. Irregular, en tanto que se trabajaba cuando el ciclo agrario lo requería o cuando había trabajo que terminar. Contrariamente, y generalizando, podría pensarse que en las sociedades capitalistas y en el sistema fabril que se desarrollaría más adelante, el trabajo tendería a ser *continuo*, sin interrupción, y *uniforme* en tanto que se dirigía íntegramente a una única fase del proceso de producción, era *regular* en tanto que se trabajaba el mismo número de horas cada jornada adaptándose al calendario laboral.

Es a finales del siglo XVIII que algunos textos empiezan a caracterizar al trabajo propio de las sociedades preindustriales de trabajo *imperfecto* y potencian la idea de trabajo continuo, regular y uniforme, es decir *perfecto*. La ampliación de la oferta de trabajo y la ocupación continuada parece ser la alternativa que tienen en mente los ilustrados desde sus presupuestos poblacionistas: «Como unas y otras mujeres suelen tener algún tiempo hueco, la idea es llenar este tiempo útilmente; lo primero para que así ayuden a mantenerse, y lo segundo para acostumarlas a una ocupación continua; pues lo que en gran parte aumenta la ociosidad de España es la falta de tener en que emplearse de continuo».²⁵ La substitución de la antigua práctica de trabajo, el trabajo *imperfecto*, por el trabajo *perfecto*, se hace a partir de socavar la antigua forma de vivir el trabajo, la antigua cultura del trabajo que se equipara con la ociosidad. Las mujeres serían objetivo prioritario en la implantación de esta nueva concepción del trabajo ya que su perfil de versatilidad y simultaneidad se identifica con algo perverso. El texto de Bernardo Ward es suficientemente elocuente:

²⁴ Véase Edward P. Thompson, «La economía 'moral' de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», en E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica, 1984.

²⁵ Bernardo Ward, *Proyecto económico en que se proponen varias providencias, dirigidas a promover los intereses de España, con los medios y fondos necesarios para su planificación*, Madrid, D. Joachin Ibarra, Impresor de Cámara de S. M., 1762, p. 358.

«Nadie ignora la necesidad de sacar a las mujeres de tanta ociosidad...», o bien, «habrá en España más de millón y medio de mujeres que viven poseídas de la ociosidad [...] y aunque parece obra de mucho empeño sacarlas de su acostumbrada inutilidad [...] pues sin hacer el Reyno más fábricas de las que hay, aplicándolas a hilar lana y lino, cuyo ejercicio, con la ocupación que les dará la seda [...] basta para que a ninguna le falte en que emplearse y ganar con que ayudar a mantener sus obligaciones». ²⁶

De este modo, la organización del tiempo social empieza a adquirir a finales del siglo XVIII un valor distinto que muy pronto, con el triunfo del *factory system*, se rebelará como un bien estratégico. El éxito de la adaptación del trabajador a los ritmos y tiempos de la máquina, determinará buena parte del beneficio; la velocidad de circulación del capital o dicho de otra forma, el tiempo que los productos permanecerían almacenados antes de la comercialización, influirá en las ganancias obtenidas. ¡El tiempo tiene un precio!, ¡el tiempo es oro! Relojes, timbres y sirenas se encargaron de recordarlo en las fábricas y plazas públicas.

El cambio del uso de los tiempos fue una operación política de gran alcance que exigió un largo proceso y enormes recursos orientados a la socialización e interiorización de nuevos valores y comportamientos. Las mujeres ubicadas secularmente en la encrucijada entre producción, reproducción y consumo se encontraron atrapadas en un proceso que condujo irremisiblemente a la aparición del *homo economicus*. La desvalorización del trabajo de las mujeres, la invisibilidad del trabajo doméstico que desaparece de la Historia del trabajo y de la Economía, la emergencia de la doble jornada laboral para éstas, son eslabones de una misma cadena.

Deshaciendo tópicos. Hogares y familias en la Europa del Sur

En las sociedades preindustriales la familia y la comunidad cumplían diversas funciones, no solo las de producción, reproducción y consumo sino también las de asistencia a los necesitados, así como la capacidad para afrontar riesgos tanto individuales como colectivos. En distintas zonas de Europa a finales del setecientos se pone en evidencia

²⁶ Ibidem, p. 383.

que la vieja economía moral que vertebraba la vida de la comunidad se estaba desmantelando. Estaban teniendo lugar importantes cambios: el naciente sistema fabril, las migraciones, las nuevas leyes de pobres y el nuevo sistema de ayuda a los necesitados.

Agentividad y poder de negociación de las mujeres

Este proceso de transición hacia la sociedad liberal, comportó cambios en la relación entre familia, comunidad y Estado, siendo las mujeres el colectivo sobre el que se vertebró buena parte de estas transformaciones. Las mujeres del Antiguo Régimen ubicadas en el epicentro de lucha por la supervivencia y la reproducción social, expertas en tejer redes primarias de solidaridad (parentela, amistad, vecindad o de oficio) trabajadoras experimentadas y activas en el mercado vieron como su situación empeoraba a medida que avanzaban las nuevas transformaciones vinculadas a la modernización económica y política.

Se da el nombre de revolución industrial a aquel conjunto de transformaciones que tuvieron lugar principalmente en los Países Bajos e Inglaterra antes de la Revolución industrial y la aparición del sistema fabril. Consistió en una intensificación de las horas de trabajo, cambios en las pautas de consumo y en la reasignación de los roles económicos dentro del hogar. Los trabajos de Maxine Berg y de De Vries definen el hogar industrial como un ámbito en el que las mujeres tendrían capacidad de negociación: «El lugar donde se dan las alianzas entre marido y la esposa y los contratos implícitos entre los padres y los hijos».²⁷ Contrariamente, Louise Tilly define el hogar industrial con el *modelo hombre ganador de pan y mujer ama de casa* del siguiente modo: «Con la llegada de la Revolución industrial, los salarios más altos que los hombres ganaban fuera del hogar reforzaron desde muy temprano su poder de negociación, mientras que la contribución de la mujer (el trabajo doméstico) que era cada vez más inconmensurable, se desconocía o infravaloraba con mucha frecuencia».²⁸ Con el paso del Antiguo Régimen a la nueva sociedad capitalista y liberal las mujeres vieron cómo se redujo su capacidad de negociación y de elección en el marco de una nueva ola de intensificación del

²⁷ Véase Maxine Berg, «Women's Work, Mechanization and the Early Phases of Industrialization in England», en R. E. Pahl, *On Work: Historical, Comparative and Theoretical Approaches*, Oxford, Basil Blackwell, 1988; y Jean de Vries, *La Revolución industrial. Consumo y economía doméstica desde 1650 hasta el presente*, Barcelona, Crítica, 2009, p. 28.

²⁸ Véase Louise Tilly: «Women, Women's History, and the Industrial Revolution», *Social Research*, núm. 61 (1), 1994, pp. 115-137.

patriarcado, no obstante la *women agency* permitió que la voz y acción de las mujeres penetraran las estructuras patriarcales.²⁹

Familia, hogares y vulnerabilidad: los orígenes de una tipología

Existe un vínculo claro entre la estructura de familia y hogar, la naturaleza del mercado laboral y los distintos sistemas de ayuda a los pobres que se han dado a lo largo del proceso histórico. En términos generales, la historia de la familia ha mostrado como la familia del Antiguo Régimen era una unidad de producción, reproducción y consumo sujeta a un marco jurídico y consuetudinario que fijaba las pautas matrimoniales y los diversos sistemas de herencia y que podía dotar de mejor o peor capacidad de negociación a las mujeres en el seno de la familia. Los sistemas de transmisión de la propiedad fueron diversos, desde el sistema de herencia indivisible, separación de bienes y primogenitura masculina, hasta los sistemas de herencia divisibles y comunidad de bienes.³⁰ A pesar de ello. En el Antiguo Régimen, jurídicamente las mujeres estaban bajo la potestad del marido, del padre o del hermano. La dote facilitaba la circulación de las mujeres en las familias patrilineales, en las que estas procrearían y trabajarían para la nueva familia.

Existe un potente vínculo analítico entre, por un lado, la forma y el tamaño de la familia y el hogar, y, por otro lado, los sistemas de ayuda a los pobres. En su estudio ya clásico, Hajnal distinguió dos zonas en la pauta matrimonial europea, divididas por un meridiano imaginario que transcurriría de San Petersburgo hasta Trieste.³¹ En primer lugar, la tendencia de las pautas matrimoniales noroccidentales que consistirían en hogares integrados por familias nucleares, matrimonio tardío (se casarían entre los 24 y los 30 años), viviendas independientes para los hijos que formaban una nueva familia, los hijos abandonarían el hogar en la adolescencia (entre 15 y 18 años partirían para hacer de criados y aprendices), alta proporción de hogares de solitarios, especialmente ancianos y altos niveles de migración. El matrimonio tardío y la práctica del servicio doméstico permitirían ahorrar a las mujeres que podrían financiar su propia dote.

²⁹ Véase Amartya Sen, *Desarrollo y libertad*, Barcelona, Planeta, 2000.

³⁰ David Reher: «Family Ties in Western Europe: Persistent Contrasts», *Population and Development Review*, núm. 24 (2), pp. 203-234, 1998.

³¹ John Hajnal, «European marriage patterns in perspective», en D. V. Glass y D. E. C. Eversley (eds.), *Population in History. Essays in historical demography*, Londres, Arnold, 1965, pp. 101-143.

Estos hogares nucleares que predominaban en la Europa noroccidental eran «pequeños, flexibles y autónomos» propiciaban las innovaciones en el consumo y protagonizaron la revolución industrial y la revolución industrial.³² A pesar de ello, estos hogares nucleares eran, en palabras de Peter Laslett, más vulnerables, especialmente para los ancianos abocados a vivir en hogares de solitarios³³. La forma de la estructura familiar y la fuerza de los lazos familiares condicionarían la demanda de *welfare* o de distintas formas de alivio a la pobreza o socorro de pobres. En consecuencia, en momentos de crisis la familia nuclear se vería obligada a recorrer a instituciones externas para sobrevivir. Ello explica la extensión y eficiencia de las *Old Poor Laws* inglesas que se desarrollaron paralelamente a la demanda creciente de socorro por parte de los hogares nucleares. A su vez, dichos hogares —siguiendo a Richard Wall— adaptaron su estructura a la posibilidad de acceder a los recursos que proporcionaban las propias *Poor Laws*.³⁴ De este modo, la estructura de los hogares y las políticas de ayuda a los pobres eran, a su vez, causa y consecuencia de las transformaciones históricas.

La segunda tendencia en las pautas matrimoniales europeas definidas por Hajnal se desarrollaría también en la Europa mediterránea, que tendría mucho en común con las pautas matrimoniales de la Europa más oriental que se extendía más allá del meridiano imaginario ya descrito.³⁵ En términos generales predominaría la tendencia a una pauta matrimonial caracterizada por la familia extensa, en la que los hijos continuarían viviendo en la casa de los padres después del matrimonio, un matrimonio que sería temprano, los ancianos vivirían con sus parientes, la fuerza de los lazos familiares tendrían enorme importancia, la proporción de hogares solitarios sería menor y la importancia de los sistemas de ayuda a los pobres tendría un peso inferior.³⁶

³² Jean de Vries, *La Revolución industrial. Consumo y economía doméstica desde 1650 hasta el presente*, Barcelona, Crítica, 2009, p. 319.

³³ Peter Laslett, «Family, kinship and collectivity as systems of support in pre-industrial Europe: a consideration of the 'nuclear hardship' hypothesis», *Continuity and Change*, núm. 3 (2), 1988, pp.153-75.

³⁴ Richard Wall, «Trabajo, bienestar y familia: una ilustración de la economía familiar adaptativa», en L. L. Bonfield, R. Smith y K. Wrightson (comps.), *El mundo que hemos ganado. Estudios sobre población y estructura social*, Madrid, Centro de Publicaciones Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1990, pp. 325-364.

³⁵ Véase John Hajnal, «European marriage patterns in perspective», en Glass y Eversley (eds.), *Population in History. Essays in historical demography*, Londres, Arnold, 1965, pp. 101-143.

³⁶ Véase John Hajnal, «Two kinds of pre-industrial household formation system», *Population and Development Review*, núm. 8 (3), 1982, pp. 449-94; y David Reher «Family

Por lo que se refiere a la Europa mediterránea estos planteamientos relacionados tanto con la preponderancia de la familia extensa, como con la capacidad de esta para hacer frente a las dificultades y proteger a sus miembros, está siendo cuestionada a la luz de nuevas investigaciones.³⁷ La diferencia en los sistemas de ayuda a los pobres entre el norte y el sur de Europa empieza a redimensionarse para mostrar su complejidad y superar los tópicos pre establecidos. En términos generales se tiende a afirmar que en el Norte: los niveles globales de gasto serían mayores,³⁸ los recursos estarían mejor administrados y distribuidos frente a la ayuda indiscriminada propia del Sur;³⁹ y, por último, la ayuda a los pobres alcanzaría enorme importancia en las áreas rurales frente a la práctica ausencia de esta en las zonas rurales del Sur.⁴⁰ Tan solo un cambio de perspectiva y la aportación de nuevos datos empíricos pueden aportar luz a este debate.

El eje de este cambio de perspectiva reside en considerar que la ayuda a los pobres no procedía tan solo de una única instancia pública sino que era multidimensional. Van Leeuwen replica a Lindert que el sustento de las familias en momentos de dificultades no se redujo tan solo a la ayuda *formal* a los pobres desde el Estado, expresado a partir de la proporción de PIB que representaban los gastos sociales (excepto quizás en la Inglaterra de las *Old Poor Laws*), sino que esta debió sumarse a otras fuentes de ingreso.⁴¹ En definitiva, la historia nos muestra la complejidad de la relación entre formas de familia y estructura de los hogares, la fuerza de los lazos familiares, los sistemas de ayuda a los pobres y el papel que jugaron las mujeres en este entramado en el que la comunidad aún sobrevivía.

Ties in Western Europe: Persistent Contrasts», *Population and Development Review*, núm. 24 (2), pp. 203-234.

³⁷ Véase Paolo Viazzo, «Family structures and the early phase in the individual life cycle. A southern European Perspective», en J. Henderson y R. Wall (eds.), *Poor women and children in the European past*, Londres, Routledge, 1994, pp. 31-50; Katherine Lynch, *Individuals, families and communities*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003; Julie Marfany, «Family and welfare in early modern Europe: a north-south comparison», en C. Briggs, S. Thompson y P. Kitson (eds.), *Population, welfare and economic change in Britain, c. 1270-1834: historical studies*, Boydell and Brewer, 2014; Montserrat Carbonell-Esteller y Julie Marfany, «Gender, life cycle, and family “strategies” among the poor: the Barcelona workhouse, 1762-1805», *The Economic History Review*, 2017.

³⁸ Véase Peter, «Poor relief before the welfare state: Britain versus the Continent, 1780-1880», *European Review of Economic History*, núm. 2, 1998, pp. 101-40.

³⁹ Olwen Hufton, *The Poor...*, cit.

⁴⁰ Paolo Viazzo, «Family structures...», cit.

⁴¹ Véase M. Van Leeuwen, «Giving in Early Modern History: Philanthropy in Amsterdam in the Golden Age», *Continuity and Change*, núm. 27 (2), 2012, pp. 301-343.

Economía moral *versus* economía de mercado: la ayuda a los pobres

Desde la perspectiva de Amartya Sen y Marta Nussbaum las necesidades humanas fundamentales son las mismas en todas las culturas y en todos los periodos históricos. Lo que cambia a través del tiempo y las culturas son los *satisfactores*, esto es la manera o los medios utilizados para la satisfacción de dichas necesidades.⁴² En el periodo 1750-1850 se pone de manifiesto el cambio de dichos *satisfactores*: los antiguos sistemas de ayuda a los pobres, en los que estos eran responsabilidad de la comunidad y por lo tanto un problema colectivo, fueron substituidos por el nuevo modelo liberal de asistencia en el que la pobreza era vista como un problema individual, no de la comunidad ni del Estado, los pobres tenían la culpa de ser pobres. Fue en este proceso de transición cuando se desarrolló, en dos oleadas de distinta naturaleza, a mediados del siglo XVI y a finales del siglo XVIII, un debate internacional sobre la asistencia pública que anticipaba el actual debate sobre la adecuación o no de las prestaciones sociales. Los argumentos claves de aquel debate aún persisten hoy.

¿De que satisfactores hablamos? En el Antiguo Régimen los agentes proveedores de ayuda social encargados de *satisfacer* las necesidades fueron de tres tipos: en primer lugar los agentes asistenciales públicos (el gobierno de las ciudades, el poder local, el Estado); en segundo lugar, los agentes asistenciales privados, esto es, la Iglesia (instituciones eclesiásticas y monásticas, obras pías, captación de limosnas, fundaciones religiosas y parroquias), la Ayuda Mutua (gremios, cofradías, hermandades de socorro mutuo, montepíos, mutualidades, sociedades de resistencia, sindicatos, cooperativas, cajas de socorro...), y la Acción Particular (Fundaciones privadas, patronatos, juntas de damas, cajas de ahorro y vejez, montes de piedad, donaciones y herencias; en tercer lugar, la familia y las redes informales de parentela, vecindad, compañerismo y amistad). Los límites entre una y otra categoría no siempre fueron claros. No obstante hay consenso en que la tercera categoría de agentes proveedores de asistencia, esto es, la familia, recaía mayoritariamente y sin lugar a dudas en las mujeres. La combinación, proporción y eficiencia de los agentes proveedores públicos, privados y de la familia definía el sistema de ayuda que una sociedad ofrecía. El grado de implicación de las mujeres como proveedoras de ayuda social

⁴² Amartya Sen, *Desarrollo y libertad*, cit.

reflejaba el modelo familiar en que estaban insertas, su capacidad de negociación y el grado de dedicación al cuidado de los dependientes. La familia —y consecuentemente las mujeres de cada familia— han sido el agente asistencial por excelencia encargado de cubrir las necesidades de sus miembros y las deficiencias del propio sistema asistencial. De ahí el desarrollo del familiarismo en España y los países de la Europa del Sur.

El debate en torno a la ayuda a los pobres y las políticas sociales de la Europa católica e Inglaterra (siglos XVI-XVII)

¿Cuál era el debate en cuestión? Ya en la primera mitad del siglo XVI, a medida que se desarrollaba el estado moderno y se transitaba hacia el capitalismo, se produjo una reforma de los sistemas de asistencia en las principales ciudades europeas. Humanistas y reformadores se dieron cita en los intensos debates a medida que sus obras se imprimían en distintas ciudades europeas, Luis Vives y Erasmo de Rotterdam fueron los pensadores más emblemáticos a nivel europeo. Los rasgos comunes de esta reforma asistencial fueron: a) la racionalización y la reorganización de la asistencia con la creación de nuevas instituciones, como por ejemplo, las *casas de misericordia* en la Europa del Sur destinadas a acoger principalmente mujeres; b) la gradual laicización de la administración y del gobierno de las instituciones asistenciales que en la Europa católica se convertían en instituciones mixtas laicas y religiosas; c) la clasificación de los pobres en función de su grado de virtud y de la capacidad de sustentarse con su propio trabajo (falsos pobres *versus* pobres verdaderos); d) la práctica de la recogida general de pobres —*renfermement*— con el objetivo de limpiar las ciudades de vagos.

Sin embargo, hasta entonces el sistema asistencial de las principales ciudades y poblaciones de la Europa católica y en especial su institución emblemática, las *casas de misericordia*, se habían caracterizado en primer lugar, por ser instituciones permeables, en las que se establecía relación entre las internas y el exterior, ya fuese con motivo de la adquisición de materias primas para la producción (bordados, hilados, encajes) o por necesidades vinculadas a la comercialización de tejidos, puntas y medias que elaboraban en los distintos talleres, como por las visitas o la participación en las procesiones y entierros por las calles de la ciudad. En segundo lugar, se caracterizaban por acoger en su seno una diversidad de clientelas: doncellas, viudas, ancianas sin recursos, huérfanas, decrepitas, madres con hijos, mujeres

casadas recluidas por sus maridos, o bien mujeres que pagaban por vivir en un cuarto en régimen de internas. En tercer lugar, se observa que dichas instituciones tenían la función de sujetar a mujeres y hombres a la comunidad ofreciéndoles recursos. El valor de la reputación abría las puertas de la institución a aquellas que inmigraban a la ciudad en busca de trabajo ya fuese entrando en el mercado laboral del servicio doméstico, ya fuese ingresando en el mercado matrimonial a través de las obras pías de dotación de doncellas. Las cartas de recomendación de párrocos, vecinos y familiares eran claves para su ingreso. Pero en este espacio preindustrial, plural y vivo, las distintas «categorías» de asiladas coexistían en dependencias contiguas con porcionistas que habían sido capturadas por las calles merodeando cerca de los mercados en una especie de «economía del rebusque» propia de las sociedades actuales en crisis. En definitiva, en la Europa católica del sur, la pobreza era una responsabilidad colectiva que aún no se había transferido totalmente a la familia. Las instituciones de asistencia ofrecían recursos, aún no estaban plenamente demonizadas.

La otra cara de la moneda la constituía el ejemplo paradigmático de sistema de ayuda a los pobres en Inglaterra establecido en las *Old Poor Laws*. Estas definieron el principal mecanismo de redistribución de recursos en el amplio periodo que va de finales del siglo XV a principios del siglo XIX en Inglaterra. La Ley Isabelina de 1602 recopilaba todas las normas y prácticas que se aplicaban en dicho país ante el fenómeno del vagabundeo. Se estableció un sistema nacional de ayuda legal y obligatoria a los pobres en el que la parroquia era la unidad territorial y vecinal básica de actuación, las ayudas se financiaban fundamentalmente a través de un impuesto local sobre la propiedad que grababa los bienes inmuebles y la gestión la llevaban a cabo funcionarios nombrados por jueces locales. El tipo de ayuda no era homogéneo sino que se adaptaba a cada caso: subsidios, ayuda en especie, asilo, aprendizaje de oficios o trabajo. En definitiva, las *Old Poor Laws* fueron una institución consolidada de redistribución de ingresos a la que recurrían entre dos tercios y tres cuartos de la población sin bienes raíces, con la práctica seguridad de recibir una asistencia periódica y prolongada en la ancianidad.⁴³ Las personas ancianas, en un contexto de predominio de familia nuclear, disfrutaron de un derecho legal al sustento por parte de la comunidad. No fue hasta la segunda mitad del siglo XIX que se

⁴³ David Thomson, «La protección social y los historiadores» en Lloyd Bonfield, Richard Smith y K. Wrightson (comps.), *El mundo que hemos ganado. Estudios sobre población y estructura social*, cit.

intentó transferir la responsabilidad de los ancianos, desde la comunidad a la familia. En definitiva, las *Old Poor Laws* fueron cruciales para sostener el *life-cycle* de las familias y hogares con huérfanos, viudas, ancianos y especialmente para los hogares integrados por madres con criaturas.⁴⁴ No obstante, dichas leyes y prácticas resultaban incompatibles con la formación del mercado de trabajo que se estaba gestando y la movilidad de la mano de obra que requería. La segunda ola del debate sobre la adecuación de las ayudas sociales estaba servida.

Desmantelando la comunidad: liberalismo y exclusión social. El debate de la ayuda a los pobres (siglos XVIII-XIX)

La revolución industrial y la eclosión de la economía de mercado en la Inglaterra de finales del setecientos acarrearón una serie de transformaciones entre ellas el aumento de las desigualdades y de la pobreza.⁴⁵ Fue este contexto en el que se reavivó el antiguo debate sobre protección social y ayuda a los pobres, esta vez con nuevos argumentos acordes con el capitalismo emergente. Adam Smith, David Ricardo y Thomas Malthus entre otros, se opusieron abiertamente a las *Old Poor Laws* británicas hasta que sucumbieron en el primer tercio del siglo XIX. Adam Smith se posicionó en contra de la Ley de Asentamiento que fijaba a los trabajadores a la tierra permitiéndoles gozar de subvenciones, dificultando de este modo la formación del mercado de trabajo.⁴⁶ David Ricardo denunció que la Ley de pobres inglesa y su sistema de subsidios impedían que los salarios se regulasen por la libre competencia.⁴⁷ Malthus planteó cómo el sistema de ayuda a los pobres en Inglaterra favorecía el matrimonio de aquellos que no tenían suficientes recursos, disminuía la capacidad adquisitiva de las clases medias sujetas al pago de impuestos y desalentaba a hombres y mujeres a trabajar para ganarse el sustento y ahorrar.⁴⁸ El proceso

⁴⁴ Peter Laslett y Richard Wall. (eds.), *Household and Family in Past Time*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972; y también Peter Laslett, «Family, kinship and collectivity as systems of support in pre-industrial Europe: a consideration of the “nuclear hardship” hypothesis», *Continuity and Change*, núm. 3 (2), 1988, pp.153-75.

⁴⁵ Robert Allen, *The British industrial Revolution in global perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.

⁴⁶ Adam Smith, *Investigación sobre la Naturaleza y Causa de la Riqueza de las Naciones*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1958 [1776].

⁴⁷ David Ricardo, *Principios de Economía Política y Tributación*, México, Fondo de Cultura Económica., 1997 [1817].

⁴⁸ Robert Malthus, *Ensayos sobre el principio de la Población*, México DF, Fondo de Cultura Económica. 1951 [1798].

de discusión fue largo e intenso. Finalmente en el año 1834 se redactó la Ley de Enmienda a la ley de Pobres, conocida como *New Poor Laws*. Así se suspendió la ayuda «exterior» a los necesitados, es decir desaparecieron los subsidios en metálico y/o en especie y se substituyeron por la reclusión en asilos o casas de trabajo (*workhouses*). La gestión del sistema de ayuda a los pobres se traspasó desde las autoridades locales al gobierno central.⁴⁹ Karl Polanyi explicó como la construcción del mercado de trabajo capitalista requirió dismantelar la comunidad tradicional, imponer el «interés individual» como motor de la sociedad, erosionando así lo que Thompson denominó «economía moral»⁵⁰ De este modo los hombres y mujeres trabajadores, supuestamente convertidos en individuos aislados, quedarían a merced de las fuerzas del mercado de trabajo. El mercado preindustrial que Fontaine analiza, según el cual el mercadeo implicaba una similitud de estatus entre comprador y vendedor, en donde el valor de lo vendido tenía que ver más con el valor de las personas implicadas en el intercambio⁵¹ quedará eclipsado por el mercado como eje vertebrador de la economía capitalista.

Las nuevas políticas sociales liberales se extendieron por todo el continente europeo, compartiendo los mismos objetivos en países tan dispares como fueron la Inglaterra de origen protestante y los países del Sur de profundas raíces católicas. Básicamente se trataba de substituir las antiguas formas de ayuda a los pobres por el nuevo sistema liberal de asistencia que propugnaba una solución individual: la autoayuda, el ahorro y la previsión, como mecanismos individuales para afrontar las dificultades en los distintos momentos del ciclo vital de los individuos y de la familia. El estado tan solo debería ocuparse de aquellos casos extremos en los que los necesitados no tendrían ni recursos ni familia, estos integrarían los colectivos marginales y serían recluidos en grandes instituciones especializadas. A medida que avanzaba el siglo XIX las instituciones públicas se poblaron de marginados, enfermos crónicos en hospitales, decrepitos e inhábiles para el trabajo en hospicios, locos en manicomios, madres solteras y expositos en casas de maternidad, delincuentes en prisiones, al igual

⁴⁹ Véase George R. Boyer, *An Economic History of the English Poor Laws, 1750-1850*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

⁵⁰ Karl Polanyi, *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta, 1989 [1944]; véase también, Eduard P. Thompson, «La economía 'moral' de la multitud...», cit.

⁵¹ Laurence Fontaine, *L'Économie morale. Pauvreté, crédit et confiance dans l'Europe préindustrielle*, París, Gallimard, 2008 y *Le marché. Histoire et usages d'une conquête sociale*, París, Gallimard, 2014.

que fueron recludos otros colectivos como ciegos, sordomudos y leprosos. La asistencia pública se estigmatizó. La feminización propia de las instituciones asistenciales preindustriales fue sustituida por una progresiva masculinización a medida que el siglo XIX avanzaba. En definitiva, el nuevo sistema liberal de asistencia desatendió a aquellos que antes tenían cabida en el antiguo sistema de ayuda a los pobres. En otras palabras, desprotegió a los hombres y las mujeres de las familias trabajadoras ante situaciones de riesgo, ya fuese por enfermedad, viudedad, desocupación, orfandad, infancia, crianza, vejez o inmigración. La pobreza fue a partir de entonces un problema individual y una patología social. Los pobres eran culpables de su propia pobreza. La desigualdad quedó legitimada con el nuevo discurso liberal. La operación de transferir la carga del cuidado de los otros al hogar y concretamente adjudicarlo a las mujeres, fue una operación política de enorme alcance. La invisibilidad del cuidado y su domesticación a la esfera privada se consolidaba a medida que las mujeres eran excluidas de la ciudadanía.

Agentividad, resiliencia y comunidad

En la Europa del Sur, la exclusión de las mujeres de muchos espacios públicos simbólicos fue un hecho incuestionable. La ciudad actuó como un espacio político sexuado donde se podían mostrar o excluir realidades feminizadas. El cambio en las prácticas y significados que rodeaban el mundo de las infraestructuras sociales urbanas (asilos, hospitales, cases de misericordia, cases para huérfanos, etc.) y el valor simbólico que se otorgaba a las gentes refugiadas en ellas, constituyeron un buen ejemplo de esta mutación. Los pobres ya no eran responsabilidad de la comunidad. Los pobres eran culpables de ser pobres y responsables de no tener familia o mujer que les amparase.

El discurso de la domesticidad se intensificaba a medida que las transformaciones hacia la nueva sociedad de mercado acaecían. Una imagen muy reveladora de esta operación política de escisión de mundos privado y público, de restringir determinados espacios cívicos a las mujeres podemos encontrarla en la siguiente escena. En la ciudad de Barcelona, en el año 1775 se suprimió la práctica, vigente desde el siglo XVI, según la cual las chicas de la Casa Hospicio y Refugio de la Misericordia asistían a las procesiones y entierros de la ciudad. A partir de entonces los féretros ya no podían estar flanqueados, según la costumbre, por dos hileras de doncellas «vestidas muy honestamente

con una vela blanca en la mano y los rosarios en la otra». ⁵² A partir de entonces se optó por sustituirlas por dieciocho pobres con bata verde dispuestos simétricamente al lado del féretro. Esta imagen podría resumir la exclusión de las mujeres del espacio público simbólico de la ciudad. En efecto, contiene el germen del discurso de la domesticidad que tanto se extendería en el siglo XIX junto a la exclusión de las mujeres de la ciudadanía.

Las mujeres aprendieron a vivir su libertad en los intersticios del poder patriarcal. Una vez más, la *women agency*, su capacidad de voz, acción, elección y negociación permitió que las mujeres siguieran operando en la economía ordinaria y fuesen capaces de organizarse y cambiar el orden de las cosas. La agentividad de las mujeres transcurría fuera de las instituciones, a pesar de la ofensiva de la domesticidad patriarcal del antiguo régimen. La presencia de las mujeres y sus redes de apoyo, interdependencia y solidaridad poblaron a pesar de las restricciones tangibles e intangibles las calles, plazas, mercados, talleres o procesiones. Espacios simbólicos, todos ellos centro de cada comunidad específica. En definitiva, las mujeres ocuparon espacios desarrollando su interdependencia y agentividad, estos devinieron espacios de acción política puesto que garantizaron la resiliencia de la comunidad que ha permanecido mostrándose abiertamente o en estado latente hasta hoy.

⁵² Véase Montserrat Carbonell Esteller, *Sobreviure a Barcelona. Dones, pobresa i assistència*, Barcelona, 1997.